



## INVITACIÓN AL VIAJE

por Agustín de Figueroa

«Turismo» es de las palabras que mejor responden a modernas normas y afanes.

Al que realizaba en otro tiempo su deseo de conocer nuevos climas y horizontes, se le llamaba únicamente viajero. Decir viajero entonces, casi equivalía a decir aventurero. El viajero, por lo regular, era un hombre excepcionalmente arriesgado y dinámico. Por eso, narraba sus viajes como pudiera hacerlo ahora el que realiza una hazaña o gana una batalla. Y esto era, en realidad, viajar: librar una gran batalla en contra de los elementos, sortear de continuo dificultades y obstáculos sin fin. Cada viajero era un pequeño Marco Polo.

«Turismo», en cambio, tiene otro sentido. Significa dis-

ban con monarcas españoles, despedíanse para siempre de sus familiares. Siendo distinta la trascendencia del viaje, forzosamente había de ser otro que en nuestros días el sentido de la despedida. Pero no hemos de remontarnos a época tan lejana para apreciar las dificultades que todo desplazamiento suponía antaño. La peregrinación de Chopin y George Sand a Mallorca, fué más arriesgada y azarosa que cualquier expedición actual a una isla remota. Y si habitaron la célebre cartuja de Valldemosa, dejando en ella para siempre el prestigio de sus románticas sombras, fué por no hallar alojamiento posible en Palma.

Quince días empleaban nuestros bisabuelos en ir de Ma-



tracción, confort, agrado. Nada más distinto al turismo que las jornadas penosas y áridas referidas por una gran viajera española: Catalina de Erauso («la monja alférez»).

Al abandonar su patria las princesas de Francia que casa-

drid a París; y aquellas víctimas de las diligencias y sillas de postas, de los malos caminos y de las malas posadas, jamás hubieran sospechado que la misma distancia pudiera franquearse en pocas horas.